

cios, hablando solo, dramatizando sus simples concepciones escénicas, y allí permanece, hasta que los demás chiquillos salen de clase, chillando y saltando, y ya se acabó la paz de la plaza.

Chicos y vengejos atolondran el aire. Los varoncillos revoltosos arman piolas y marros; las niñas entonan sus coplas de golondrinas y, sonando las castañuelas, bailan graciosamente.

Cantan dulces e ingenuas elegías, en alegres corros, y es la infancia de varios siglos, que conserva como un tesoro la añeja poesía tradicional:

—Y le vi venir
por la calle arriba
con capa terciada
y espada tendida...

—Quítate de ahí, mora,
hija de judía;
deja a mi caballo
beber agua fría...

¡Plazuelas andaluzas, patios abiertos, donde se expande el ánimo popular! ¡Plaza de Mina, alameda gaditana, estrado romántico,

la feria y el mercado ponen sus colores y notas inolvidables, donde las acacias y naranjos se engalanan por Abril las testas con pintureras flores...!

Los niños libres dan a las plazas su mayor atractivo y su genuina poesía.

En la plazuela, nunca olvidada, el placer triste de nuestro recuerdo ha de buscar sus más dulces horas. Con bondad e indulgencia ha de presenciar los juegos del niño de hoy. Tal vez estos niños no nos parezcan niños como fuimos nosotros...; tal vez, porque la realidad de las cosas es individual, no nos parezca esta plaza la misma, la de entonces, la nuestra...

Pero es aún la misma... para otros... y para nosotros también, si regresamos, en realidad, con la esperanza inversa de la memoria...

Obscurece. Aún juega el niño rezagado; aún se resiste a recogerse en el hogar, donde ya humea la comida en la mesa. El padre vuelve del trabajo, y los pequeños corren hacia él, sofocados como rosas. Es la hora en que la madre llama al travieso, y en que, todavía, algunos rebeldes cuentan cuentecillos en la acera, bajo la farola del cristal roto... Pero, al cabo, la soledad va imponiéndose, y con la soledad, la serenidad. El cielo enlutado de la noche tiene infinitas lágrimas de estrellas... Dos faroles brillan, como las dos pupilas de la plaza. Un gato espectral cruza por el largo cuadro rojo de luz que derrama la taberna sobre el suelo terrizo. Un beodo se tambalea por el arenal solitario, vaga de un lado a otro y parece ahora pedir lumbre al farol, para encender ese cigarro que no se enciende nunca, que él apretujará entre sus dedos torpes e irritados, que mojará en vino y que tirará, al fin, con un gesto espléndido...

La madrugada caerá sobre la plaza, y en esta apacibilidad irá contorneándose mejor nuestro recuerdo. Preguntemos al silencio de este grave recinto, y nos revelará nuestra infancia, que es toda nuestra vida.

Porque el hombre es un niño que recuerda su infancia...

José Bruno

(DIBUJOS DE M. DE LEON)



donde las niñas lloran la muerte de la Reina Mercedes y la desventura de Mambrú! ¡Plazas sevillanas de San Lorenzo y de la Gavidia, de San Marcos y de San Jacinto, mentideros diáfanos de la inocencia! ¡Plaza del Potro de Córdoba, donde los chavales lanzan al aire vespéral su ceceo lírico! ¡Plazuelas venerables, donde envejecen las piedras de la iglesia y de la fuente, donde